la india (que segun parece era devota del santo), la sanó, y dijo

CAPÍTULO XXVIII.

De algunos defunctos que por divina voluntad ban aparecido á personas particulares, para ser socorridos.

Asistiendo yo en el convento de Santiago de Tlatelulco, habrá quince años, vino á mí un indio, vecino de aquel pueblo, llamado Pedro, muy afligido, cuya mujer y hijos eran muertos, y entre ellos una hija que tenia, doncella, cuya ánima me dijo que le seguia de dia y de noche, así en su casa como en la iglesia y á doquiera que Anima que pedia favor á su padre. iba, no porque él viese cosa alguna, mas de que oia su propria voz que se quejaba, como persona que estaba en mucha fatiga, y á veces hablaba con el Niño Jesus, pidiéndole se compadeciese de ella, y á veces con su gloriosa Madre, pidiéndole tambien favor, y á veces con el mismo padre. Y otras veces nombraba á algunos de sus deudos cercanos que eran vivos, pidiéndoles asimismo que la ayudasen. Y sospechando que fuese ilusion del demonio, le pregunté si estaba confesado y si sabia la doctrina cristiana y si creia firmemente lo que cree la santa madre Iglesia. Respondióme que era fiel y católico cristiano, y que habia confesado y comulgado aquella cuaresma. Y púsose de rodillas delante un crucifijo que estaba en la pieza donde yo le hablaba, y dijo el Pater noster, Ave María y Credo en su propria lengua. Preguntéle de aquella su hija defuncta, si murió sin confesion. Dijome que habia confesado y comulgado pocos dias antes que muriese, y que la tenia por doncella muy guardada y sin vicio. Sabido esto, rogué á los padres y hermanos del convento que la encomendasen á Nuestro Señor, para que si fuese ilusion cesase, y si acaso aquella moza estaba en necesidad, hubiese misericordia de ella. Y particularmente dos religiosos dijeron un dia misa por aquella intencion, y el mismo dia en la tarde vino á mí el indio, y señalando al cielo (como ellos suelen repartir el tiempo del dia por el curso del sol), díjome que estando el sol en aquella altura que él señalaba, habia cesado de hablarle la voz de su hija, y no la habia oido más, y que antes de esto nunca la dejaba de oir. En el pueblo de Acazingo, confesando Fr. Rodrigo de Bienvenida á un indio, le dijo que su mujer era muerta, y que algunas veces le habia hablado de noche, quejándose de él, porque Anima que pedia no hacia bien por su ánima, diciendo: «¿ Porqué no haces bien por

que á cabo de tantos dias moriria. Á la mañana siguiente fué la india ante el fraile ya sana, y contóle lo que pasaba, y vino á morir al tiempo que dijo. Este religioso, entiendo que era Fr. Juan de Avora, varon apostólico de grande ejemplo, que siendo actualmente provincial de la provincia de Michoacan, renunció el provincialato y pasó con los frailes descalzos á las islas Filipinas con espíritu de comenzar á la vejez á trabajar de nuevo en la viña del Señor, y allá murió. Digo que seria él á quien aconteció este caso, porque fué el India resucitada que me lo contó. Otra india, mujer de un principal, en el pueblo de Culiacan, vino á morir de enfermedad, y estuvo cuasi un dia muerta y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla á enterrar, se meneó, y descosiéndole la mortaja, con admiracion de los presentes, dijo cómo habia parecido en juicio ante nuestro Señor Jesucristo, al cual habia visto muy indignado contra toda aquella provincia, y que la mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra de Dios que les predicaban los religiosos, y guardasen lo que les decian. Y que ella, por la gracia y misericordia del Señor, era salva, y habia de morir en breve. Y así fué que murió á cabo de dos dias. Á esta india confesó Fr. Gaspar Rodriguez, de quien arriba se hizo mencion, y dice que era buena cristiana, simple y sin vicio. En Xuchimilco trajeron á la iglesia Indio pecador con un indio enfermo para que lo confesasen. Salió á confesarlo un requien Dios usó de ... ligioso que se llamaba Fr. Diego de Sande. Y viéndolo tan al cabo (que ya cuasi no podia hablar), riñó á los que lo traian porque no lo habian traido con tiempo. Mas el enfermo le dijo: « Padre, no te enojes; óyeme lo que te quiero decir. Has de saber que yo no me queria confesar, y así no me dejaba traer de mis parientes, que me importunaban viniese á confesarme. Mas esta noche, cuando tañian á maitines, yo no podia dormir de dolor de mi enfermedad, y estaba solo, porque mi mujer dormia en otro aposento junto donde yo estaba. Y vi que del cielo venia gran resplandor, que entró en mi aposento, y vi á nuestro Señor Jesucristo crucificado, de la manera que está en la iglesia, que me dijo airadamente: «Pecador, ¿en qué piensas? ¿porqué no te vas á confesar con mi sacerdote? Pues sábete que has de morir mañana, y segun tus pecados, habias de ser condenado; mas por sola mi misericordia te quiero perdonar con que luego te confieses de todos ellos.» Y por esto, padre, vengo á confesarme.» Confesólo el fraile, y luego aquella tarde murió el indio.

mi, que ando en pena? ¿Porqué gastas mal lo que yo dejé, y no lo

gastas en ayudarme?» Y que como despues hiciese bien por ella,

nunca más oyó esta voz. Una india, natural del pueblo de Tlatelulco, solia confesarse con Fr. Andrés de Cuellar, fraile de la provincia de Burgos, el cual como muriese, la india, mostrándose grata á la buena obra que de él en vida habia recebido, ayunaba por él y hacia oracion á Nuestro Señor, suplicándole hubiese misericordia del ánima de aquel su confesor. Despues de algunos dias, una noche pareció gran claridad en su casa de la india, que entraba (segun dijo) por el mismo techo de la casa, y de encima del techo le habló una voz, que conoció ser del dicho Fr. Andrés, que le dió gracias por lo que habia hecho por él, y le dijo que hasta allí bien le habia sido menester, y luego desapareció la claridad y cesó la voz. Esto contó ella al padre Fr. Juan de Ayora. Á Fr. Miguel de Estibaliz (de quien arriba hice memoria), por su grande sinceridad parece que ha querido Nuestro Señor revelar algunas de estas cosas ocultas que á otros no se conceden. Siendo este religioso morador en el conveces. Y fué en la manera siguiente. Un viérnes en la tarde, estando aderezando el refectorio para que los frailes hiciesen colacion, fué por un jarro de agua á la tinaja que estaba junto á la puerta del refectorio. Y volviendo con el agua, vió entrar un fraile en la oficina del refectorio (que tenia la puerta junto á la mesa traviesa) muy compuestas las manos y puesta su capilla, y entendió que era un Fr. Antonio Velazquez que moraba tambien en aquella casa. Y dijo entre sí el Fr. Miguel: con alguna necesidad habrá entrado á tomar alguna cosa, y así disimuló con él. Mas viendo que tardaba y no salia, entró en la oficina, diciendo: «Acabemos ya, que es hora que salgais.» Y como no hallase ningun fraile, pensó que por ventura su sombra ó otra cosa semejante le habia engañado, y no hizo caso de ello. La mesma noche, dadas las tres despues de maitines, y salidos todos los frailes del coro, quedóse allí solo Fr. Miguel, y vió con la luz que la lámpara de sí echaba, un fraile que venia hácia él muy compuesto, como lo habia visto cuando entró en la oficina. Y dijole: «¿Quién sois?» El fraile le respondió: «Yo soy, ¿no me conoceis?» Y luego lo conoció en la voz, y le dijo: «¿ No sois vos Fr. fulano, que es ya defuncto?» Y él le respondió: «Sí, yo soy.» Y en esto habia estado rostro á rostro delante de Fr. Miguel, parado. Y cuando dijo, yo soy, fuése hácia la reja del coro, y preguntóle Fr. Mi-

guel: «¿ Qué buscais por acá, hermano? » Á esto respondió: «¿ Pues

Anima de un frai- vento de Tlaxcala, le apareció un fraile defuncto, no una, sino muchas

no veis lo que busco?» Y luego desapareció. Fr. Miguel entendió lo que buscaba, que era que rogasen á Dios por él, y fuese derecho á la celda del guardian (que era Fr. Francisco de Lintorne) y le contó lo que habia visto. El cual por entonces no le dió mucho crédito, pensando si seria sueño, habiéndose adormecido en el coro. Despues, la noche siguiente, vendo Fr. Miguel á tañer á la Ave María, lo tornó á ver en un paño del claustro, y lo conoció muy bien, y vió que se fué hácia el altar mayor. Acabadas las completas, fué Fr. Miguel al guardian y le dijo: «Padre, verdad es lo que os dije, que esta tarde lo he visto otra vez.» Entonces lo creyó el guardian, y le mandó que otro dia pusiese la tumba en la iglesia, y que todos los sacerdotes del convento dijesen misa por él. Y avisó por los conventos comarcanos, que rogasen á Dios por un defuncto. Otro dia siguiente lo vió Fr. Miguel desde el coro, estar en el altar mayor cerca del Santísimo Sacramento, y lo mismo otro dia despues, y otras veces lo habia visto en este intervalo de dias en el claustro alto y bajo, que por todas serian siete ó ocho veces las que lo vió, y siempre iba hácia el altar mayor muy compuesto, y al cabo de doce dias no pareció más. Este fraile habia morado cuando vino de España en aquel convento de Tlaxcala, donde cometeria alguna culpa por donde estuviese en aquel lugar haciendo penitencia y purgándola. Despues fué á Michoacan, adonde el Fr. Miguel lo conoció y conversó por espacio de dos años y medio que moraron juntos en una casa. Y esta vision declaró Fr. Miguel, mandado por obediencia de su prelado. En México, un español fué á matar á otro, y aconteció (como las mas veces acaece) que el agresor fué muerto, y enterráronlo en el convento de S. Francisco. Y al tiempo que echaron el cuerpo en la sepultura, dió un gran grito espantable, de que los frailes quedaron atemorizados, y encomendaban al Señor el ánima de aquel defuncto. Era comisario de la provincia á esta sazon, por ausencia del provincial, el santo varon Fr. Francisco Jimenez, uno de los doce primeros. Y una noche, despues de maitines, fué á la celda del dicho comisario el padre Fr. Diego de Olarte para confesarse con él. Y estándose confesando, dieron golpes en la ventana de la celda por la parte de fuera, como que llamaba alguno. Entonces el comisario dijo á Fr. Diego de Olarte, que se saliese de la celda. Fr. Diego bien oyó que hablaba el comisario, aunque no supo con quién, ni entendió la plática; mas sospechó que hablaba con aquel defuncto, porque otro dia siguiente hizo el comisario un razonamiento á los religiosos en la mesa, y les

dijo que no tomasen trabajo de encomendar á Dios aquel defuncto,

porque ya Dios lo habia puesto donde habia de estar. Esto contó

el Fr. Diego de Olarte. En la villa de Toluca (que es del marques

del Valle), una mujer española, llamada Isabel Hernandez, viéndose atribulada, fué á contar á su confesor, que se decia Fr. Benito de Pedroche, cómo estando acostada en su cama, habia visto al amanecer un hombre colgado en su aposento, con el hábito de la misericordia. El confesor le dijo, que lo conjurase si tenia ánimo para ello, y le enseñó el modo como lo habia de hacer. Aparecióle este hombre otras dos ó tres veces, hasta que un dia, á la misma hora, estando ella acostada en su cama con otras mujeres, por el temor que tenia, vió la mesma vision, y lo conjuró y preguntó qué era lo que queria. El hombre le dijo quién era, y cómo habia cuatro años que habia muerto en aquel mesmo aposento, y que todo Anima en pena aquel tiempo habia que estaba en purgatorio, porque habia levantado un falso testimonio á una doncella que queria casar un sacerdote honrado, llamado Antonio Fraile, por lo cual la doncella no se casó. Y que se habia confesado de aquel pecado y tenido de él contricion; mas por cuanto no le habia restituido la honra, penaba todavía en purgatorio. Y que para muestra de la verdad que decia, que le preguntasen al Antonio Fraile si esto era así. Y que por morir fuera de México no le habia vuelto la honra; que de su parte se la volviesen y le mandase decir algunas misas, porque luego saldria de purgatorio, y así se las dijeron, y nunca más pareció. Hízose averiguacion de esto en México, y hallóse ser todo así, y á aquella mujer se le volvió la honra, aunque ya era casada cuando esto sucedió. No se descubre el nombre del defuncto por su honra. En este año de noventa y cinco, en la ciudad de México, á siete dias del mes de Mayo, estando Pero Martinez Morillas, mozo soltero, vecino de la dicha ciudad (que tiene la casa junto á S. Francisco), en su cama, llamaron á la puerta de su aposento, nombrán-Anima de un padreque apareció á su dole por su nombre. Él preguntó al que llamaba, quién era y qué queria. Dijole el que llamaba, que le abriese, y que entonces sabria quién era y lo que queria. Mas él no le osó abrir. Y por la mañana fuése al convento de S. Francisco y contó á un religioso su amigo, y á otros que presentes se hallaron, lo que le habia acaecido.

Ellos le dijeron, que por ventura serian algunos mancebos amigos suyos que le querian burlar. A esto dijo él que no, sino que enten-

dia seria alguna ánima, porque ya lo habia asombrado otras noches.

Los religiosos, oido esto, lo esforzaron á que aguardase y le abriese,

que por ventura Dios le deparaba aquella ánima para que la socorriese. Otro dia á prima noche tornó á tocar á la puerta del aposento al tiempo que queria dormir, y le estremecieron la cama, y él despertó y se encomendó á Dios, y luego lo llamaron por su proprio nombre, diciendo: «Abrid, Pedro Martinez.» Él se levantó de la cama y se fué hácia la puerta, y le preguntó quién era. Él dijo que le abriese, que entonces le diria quién era. Preguntóle si era de este mundo ó del otro. Respondióle que del otro. Y por saber si acaso era el demonio, fuéle haciendo preguntas por los artículos de la fe, y él respondia, que en todos ellos creia y habia creido en toda su vida. Y para certificarse si era del otro mundo, díjole: « Dad tres golpes encima de este aposento, » lo cual él hizo luego, y los dió, y en un punto se volvió á poner á la puerta, donde antes estaba. Entonces se esforzó el Pedro Martinez y abrió la puerta, y vió entrar un bulto que le dijo: « Dios os lo pague, por haberme abierto la puerta, y por haberme aguardado.» Y dijo más: «Acostaos en vuestra cama, » y él se acostó, y el bulto se asentó á los piés de ella, y le pareció al Martinez que el bulto estaba hecho un yelo. Díjole luego su nombre, y mandóle que en el altar del Perdon (que está en la iglesia mayor de México) le dijesen treinta misas, y que se obligase á cierta deuda que le declaró, y que esto fuese dentro de treinta dias. Asimismo le aconsejó que no estuviese solo en aquella casa. Y dicho esto, vió que se tornó á salir. Otro dia siguiente contó á los religiosos lo que le habia sucedido, diciendo que no podia decir el nombre del defuncto, aunque fuese á su confesor; pero yo supe de un hermano suyo, que era su proprio padre el que le apareció. Quise engerir entre las visiones de los indios estos ejemplos, por ser casos notables y ciertos, y que hacen en confirmacion de nuestra fe y en confusion de los infieles que carecen de ella.

CAPÍTULO XXIX.

De los favores que el Emperador D. Cárlos, de gloriosa memoria, dió á los indios, y á la obra de su conversion y doctrina, y ministros de ella.

Tratando principalmente esta Historia la conversion de los indios de esta Nueva España á nuestra santa fe católica, y los fieles trabajos de los primeros ministros que en esta santa obra se ocuparon, no seria justo dejar de atribuir las gracias y loa que se deben